

EL ARRASAMIENTO DE LA SUBJETIVIDAD: DESVALIMIENTO Y PULSIÓN DE MUERTE

A DEVASTAÇÃO DA SUBJETIVIDADE:
DESVALIMENTO E PULSÃO DE MORTE

THE RAZING OF SUBJECTIVITY:
HELPLESSNESS AND DEATH DRIVE

Liz Coronel Llacua
Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica de Perú
Correo electrónico: lizcoronel.ll@gmail.com
ORCID: 0009-0004-0020-9151

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Coronel Llacua L. (2023) EL ARRASAMIENTO DE LA SUBJETIVIDAD:
DESVALIMIENTO Y PULSIÓN DE MUERTE

Intercambio Psicoanalítico 14 (1), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.1.2/

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

EL ARRASAMIENTO DE LA SUBJETIVIDAD: DESVALIMIENTO Y PULSIÓN DE MUERTE

Liz Coronel Llacua¹

1 Licenciada en psicología (PUCP) y doctoranda de la Universidad del Salvador (Argentina). Psicoanalista candidata de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

Resumen: La autora se pregunta por la cuestión de la obediencia ciega a la autoridad. ¿Cómo y hasta qué punto es posible contravenir los valores morales propios y ejercer actos de crueldad solo por obediencia? ¿En qué medida la sociedad está expuesta a los riesgos de la fascinación que producen ciertos líderes? ¿Cuáles son los fundamentos sobre los que podemos mantener un criterio propio y la responsabilidad personal por nuestros actos? Se toma específicamente el experimento de la cárcel de Stanford para discutir las situaciones relativas al desvalimiento y a la activación de la pulsión de muerte que llevan a las personas a anularse como sujetos y desencadenar niveles de violencia impensados.

Palabras clave: Desvalimiento, pulsión de muerte, subjetividad.

Resumo: O autor questiona a obediência cega à autoridade: como e até que ponto é possível contrariar os próprios valores morais e se envolver em atos de crueldade apenas por obediência? Até que ponto a sociedade está exposta aos riscos do fascínio produzido por certos líderes? Quais são as bases sobre as quais podemos manter nosso próprio julgamento e a responsabilidade pessoal por nossas ações? Especificamente, o experimento da prisão de Stanford é levado para discutir situações de desamparo e a ativação da pulsão de morte que levam as pessoas a se anularem como sujeitos e a desencadear níveis impensáveis de violência.

Palavras - Chave: Desamparo, pulsão de morte, subjetividade.

Abstract: The author wonders about the question of blind obedience to authority. How and to what extent is it possible to contravene one's own moral values and exercise acts of cruelty only out of obedience? To what extent is society exposed to the risks of the fascination produced by certain leaders? What are the foundations on which we can maintain our own judgment and personal responsibility for our actions? Specifically the Stanford prison experiment is taken to discuss situations related to helplessness and the activation of the death instinct

that lead people to nullify themselves as subjects and unleash unthinkable levels of violence.

Key words: Helplessness, death instinct, subjectivity.

Hay golpes en la vida tan fuertes... ¡Yo no sé!

César Vallejo

*La base de la moral es la experiencia fundamental del bebé en ser
auténticamente él mismo*

Donald Winnicott

Philip Zimbardo nació en 1933, hijo de inmigrantes sicilianos, creció en un gueto de Nueva York, recuerda que en su infancia fue constantemente víctima de discriminación, al respecto piensa que *"si eres pobre en una ciudad de cualquier parte del mundo, el mal está por todas partes. Y también el fracaso: tu padre no trabaja, la hermana de tu amigo es prostituta..."* (Zimbardo, 2009), así refiere que siempre creyó en el poder de la situación para moldear a las personas. En 1971, financiado por el departamento naval de Estados Unidos, quiso estudiar los efectos de la asignación de roles de autoridad. Para ello diseñó el "experimento" de la cárcel de Stanford y reclutó estudiantes universitarios de clase media ofreciendo una paga diaria. De 70 postulantes, luego de realizarles diversas entrevistas y test psicológicos para descartar patología, se escogieron 24 a los que se dividió, al azar, en presos y guardias.

Al grupo de guardias se les indicó que habían sido escogidos por sus particulares características, les mostraron el espacio y les dijeron que esa era su cárcel, que estaba prohibida la violencia física pero que tenían que hacer lo que consideraran necesario para mantener el orden y hacer que los presos muestren respeto. Se les indicó que podían producir en los prisioneros miedo, una noción de arbitrariedad, arrebatarles su individualidad y conducirlos a la impotencia. Se les proporcionó uniformes reales y lentes de espejo para que pudieran evitar el contacto visual. Respecto al grupo de prisioneros, querían simular lo más posible las condiciones reales de detención y encarcelamiento así que después de firmar el contrato, solo tenían la indicación de esperar hasta que fueran buscados. Sin previo aviso, fueron arrestados por robo a mano armada por policías reales y llevados a la cárcel ficticia ubicada en los sótanos de la universidad. Ahí se les examinó desnudos, se les aplicó un spray desparasitador, se les dio una bata de muselina como única prenda, se les puso una cadena en los tobillos para que recuerden su condición de opresión y se los identificó con un número que reemplazaría a su nombre. Los dispusieron de a tres, en tres celdas minúsculas. Usaban el pasillo como patio y era el único lugar donde podían comer o caminar. Los guardias trabajan de a tres en tres turnos¹.

¹ Los seis participantes restantes se mantenían como reserva por si necesitaban algún reemplazo.

Estaba prevista una duración de dos semanas, pero tuvo que cancelarse a los seis días cuando la novia de Zimbardo, Christina Maslach, que había sido introducida porque una persona del equipo renunció, objetó las pésimas condiciones en las que se encontraban los prisioneros. Sin embargo, el "experimento" ya se había descontrolado desde el segundo día cuando se desató un motín y los guardias atacaron a los prisioneros con extintores. Frenada la rebelión, les quitaron sus camas, los desnudaron y, para quebrar la solidaridad entre ellos, establecieron condiciones de privilegio para los que habían tenido menor participación. A partir de ese momento, los guardias sintieron a los presos como peligrosos y buscaron quebrarlos emocionalmente. La violencia fue en aumento, el trato sádico y humillante consistía en la prohibición de usar el baño, imponerles ejercicios físicos, negarles la comida, desnudarlos, obligarlos a dormir en el piso, recluirllos en un closet de 60cm de lado, burlas e intimidación.

Uno de los prisioneros tuvo un colapso emocional a las 36 horas, y aunque finalmente lo dejaron ir, el equipo lo retuvo todavía un tiempo pensando que fingía para ser liberado. El cuarto día se permitió la visita de los familiares para lo cual manipularon la situación, higienizando el lugar, aseando a los presos, dándoles de comer hasta la saciedad y poniendo música. Los guardias vigilaban en todo momento las conversaciones, ningún preso se atrevió a solicitar su retiro. Cuando una pareja se quejó de lo agotado que veía a su hijo, Zimbardo respondió ridiculizándolos, ¿acaso su hijo no era capaz de tolerarlo?

El mismo día por la tarde, ante un rumor de fuga, desmantelaron toda la prisión y los llevaron con la cabeza cubierta a otro lugar, sin embargo, no sucedió nada, entonces reaccionaron con enfado y los guardias intensificaron la violencia. Al quinto día, se les ofreció libertad condicional a cambio de toda su paga, la mayoría de los prisioneros aceptó, pero cuando su solicitud fue rechazada ninguno abandonó el "experimento", uno de ellos desarrolló un sarpullido psicósomático. En el transcurso de esos seis días, dos sufrieron traumas tan severos que tuvieron que ser retirados y reemplazados. Los llantos y el pensamiento desorganizado eran comunes entre los prisioneros. Entonces, ¿por qué nadie pareció percatarse de la anormalidad de la crueldad y la violencia generada? ¿Por qué nadie se retiró del "experimento" o se atrevió a denunciarlo?

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), Freud indica que "*mediante sus manejos, el hipnotizador despierta en el sujeto una porción de su herencia arcaica [...] la representación de una personalidad muy poderosa y peligrosa, ante la cual sólo pudo adoptarse una actitud pasiva-masoquista y resignar la propia voluntad*" (p. 121), en este caso no se necesitó de la hipnosis para despertar este efecto de sumisión pasivo-masoquista, ¿acaso la autoridad de Zimbardo, Doctor en Psicología y profesor de Stanford,

hizo las veces de la hipnosis?, ¿a qué podemos adjudicar tal resignación de la voluntad, tal crueldad hacia quién momentos antes era un semejante? ¿O no lo era? Resulta impactante la violencia que se desencadenó en este “experimento”, pero aún más el sometimiento extremo de los participantes ¿cómo podríamos explicarlos sino como manifestaciones de la pulsión de muerte? Pero ¿tenemos, todos, esa semilla de crueldad y violencia y estamos únicamente contenidos por las leyes que determina la cultura? ¿En qué medida conservamos esa sensación de desvalimiento constitutiva del bebé humano?

Freud (1933) señala innumerables veces que la sensación de desvalimiento perdura en la adultez y es la base del sentimiento religioso, o de la tendencia a la idealización en los fenómenos de masa en los que se reencuentra en el conductor a un sustituto del padre protector. Nos dice que el adulto *“con derecho infiere que en el fondo permanece tan desvalido y desprotegido como en la infancia y frente al mundo sigue siendo un niño. Por eso ahora tampoco gusta de renunciar a la protección de que gozo cuando era niño”* (pp. 150-151). Así, el hombre necesita al padre más que nunca en estados que recuerden al desamparo o desvalimiento infantil, sea este padre amable y cariñoso o cruel, aunque quizá finalmente cobre visos de crueldad en todos los casos, es lo que les aseguraría estar seguros bajo su protección, siempre y cuando guarden la obediencia debida; la violencia hacia quien se exonera de esta obediencia reflejaría la rabia por el sometimiento a que él sí se ve precisado acogerse.

¿Pero es este un destino común de los seres humanos? ¿Estaremos siempre sujetos a los dictámenes de las distintas cosmovisiones imperantes? Es seguro que, como miembros de la cultura, tenemos y hemos construido juicios, creencias y valores morales en relación a la época y el contexto en que vivimos, pero ¿en qué medida podemos conservar una cierta libertad y movilidad de pensamiento? ¿De qué depende la ligadura de la agresión, de las pulsiones de muerte, su trabajo al servicio de Eros? ¿Qué podemos entender cuándo la encontramos como pulsión de destrucción no ligada?

La cuestión del desvalimiento y la activación descontrolada de la pulsión de muerte se entrelazan fuertemente. Es solo con la ayuda del objeto suficientemente bueno y a través de sus cuidados que podemos vivir una breve experiencia de omnipotencia, de que el mundo es como lo esperamos, como lo creamos, que podemos accionar sobre él según nuestros deseos, es solo esta experiencia constante, instaurada como huella profunda, la que nos permitirá liberarnos de la sensación de desvalimiento. Será la base de la esperanza, lo que nos permitirá no hundirnos ante los avatares de una realidad hiperpotente ni ceder ante los discursos que pretendan contrariar nuestra ética como el de Zimbardo con sus jóvenes estudiantes.

Por su parte, la dificultad continuada del objeto en adaptarse activamente a las necesidades del bebe, la indiferencia, el rechazo, provoca, según Green (2010), un exceso de rabia, dolor y frustración, dando lugar a estados psíquicos irrepresentables en los que el no comprender es implementado como defensa ante el dolor. La carencia continuada o la ausencia prolongada convertirán el displacer tolerable por el bebé en una vivencia de dolor intolerable que arrasa con la capacidad de pensar y genera una fuerte destructividad. Quizá a esto se refería Hanna Arendt (1990) cuando señalaba la banalidad del mal, la destrucción que se genera sin intención de dañar, solo por haber dejado de pensar delegando este trabajo en un superior, actuar o dejar de hacerlo sin ninguna conciencia de responsabilidad personal.

Siguiendo con Green, ante la falta de respuesta se instalará la negativización de la experiencia como huella, se decretará la no existencia del objeto y se buscará el alivio en la no existencia subjetiva, entonces solo le quedará el *"anhelo de desaparecer, de ser arrastrado a la muerte y a la nada"* (Green, 1990, p. 24). Es el deseo de no sentir, de obtener el estado de calma y reposo que sigue a la satisfacción, pero a través de la anulación de toda esperanza de satisfacción, de todo deseo, lo que llama la muerte en vida. Este sería el verdadero sentido de la pulsión de muerte, más allá de la agresión que solo sería efecto de esta tendencia a la desinvestidura o del predominio de lo que llama la función desobjetalizante. En esa línea, relaciona la activación incontrolable de las fuerzas destructivas, la desintrincación pulsional con los actos de violencia y crueldad en la medida en que el otro es desobjetalizado, pierde su estatuto de otro semejante con derecho a una alteridad y se convierte en una cosa que es causante de sufrimiento, que estorba el cumplimiento de la satisfacción o que ocupa un espacio propio que no le pertenece.

¿Qué podemos pensar entonces del desborde de violencia generado por estudiantes aparentemente normales? Freud sostiene que en su origen la conciencia moral no es otra cosa que angustia social, sustituto de la angustia de pérdida de amor, e indica que, para gran parte de los hombres, cuando las exigencias de la comunidad ceden, cesa también la sofocación de los impulsos hostiles y se cometen entonces actos de crueldad que se hubiera pensado incompatibles con su nivel cultural. Así, esta situación, que no solo les permitía ejercer violencia, se los demandaba, dio lugar a la emergencia de inclinaciones agresivas no traspuestas realmente por inclinaciones sociales, sino solo contenidas, en la medida en que generaban recompensas o evitaban castigos.

Hay que señalar, sin embargo, que no todos los guardias evidenciaron gran sadismo, otros se mostraron más bien obedientes y rígidos en cuanto a la norma y otros más fueron amables, además uno de los guardias se aisló de sus compañeros por la repulsión hacia la crueldad de los malos tratos -lo que podríamos interpretar, quizá, como una verdadera reforma de su vida pulsional en el sentido de lo que Freud refiere acerca de los pacifistas por razones orgánicas.

Green (2010, p. 297) nos permite ampliar la comprensión al referir que la pulsión de muerte no siempre se encuentra en estado activo, en ocasiones son las circunstancias las que despiertan un conflicto *“que hasta ese momento ha podido encontrar soluciones de compromiso, a veces gracias al refuerzo de ciertas defensas, a desplazamientos o a vías para obtener placeres capaces de aliviar las heridas del pasado”*. En este caso, las condiciones iniciales del “experimento” ya obligaban a los guardias a ejercer gran nivel de violencia contra los prisioneros, ante el motín, solicitaron ayuda a Zimbardo, el cual respondió, básicamente, cuestionando su labor y su falta de autoridad, fueron avergonzados por su debilidad. A partir de ello sintieron a los presos como peligrosos, causantes de su malestar y, entonces, realmente se desencadenó una violencia inusitada, se propusieron quebrarlos para evitar cualquier posibilidad de rebelión, ya no eran personas, sujetos de derecho, sino elementos que reducir.

¿Y Zimbardo? ¿Qué lo llevó a planificar, liderar y ser el principal agente en el desencadenamiento de la violencia producida en el “experimento”? Llama la atención su insistencia en negar los impulsos hostiles del ser humano, en afirmar el poder determinístico de la situación al punto de declarar en un juicio, por torturas en las cárceles, que los guardias no tenían responsabilidad por los crímenes, sino que estos eran producto de la situación. No sabemos mucho de su historia, pero sin duda podemos decir que las situaciones de abuso que vivió en su infancia establecieron las condiciones para una descarga evacuativa de este tipo. Para él, estos estudiantes voluntarios pasaron de ser personas con derechos a objetos de los cuales servirse. Así, cuando se generó el rumor de fuga, acudió a la policía del condado en búsqueda de una cárcel más segura que impidiese el cese de “su experimento”, de “su cárcel”, enojándose fuertemente cuando le negaron el traslado.

Sin embargo, también debemos señalar que incluso en una experiencia enloquecedora de este tipo la pulsión de vida, la reserva de esperanza que se constituye a partir de un cuidado suficientemente bueno puede ayudar a oponer resistencia frente al arrasamiento subjetivo. Es el caso de dos de los prisioneros. El primero fue Doug Korpi que, a las 36 horas de encierro, después de haber liderado el motín que fuera aplacado violentamente y después de haberse entrevistado con Zimbardo y su equipo para reclamar un trato más justo, reaccionó con llanto incontrolable, ataques de ira, gritos, pedía un médico y al equipo le pareció que sufría un trastorno emocional agudo, finalmente lo liberaron. Diríamos que Korpi luchó contra esa situación que pretendía reducirlo a un ente sin voluntad, desobjetivarlo. El otro fue Clay Ramsay, un estudiante que entró a reemplazar a Korpi, apenas entró y se percató de las condiciones en que se desarrollaba todo, inició una huelga de hambre que persistió a pesar de la presión de los guardias. Y es que, como indica Alain Badiou, (citado por Viñar, M. (2017), p. 16) *“Lo propiamente humano en alguien destinado al matadero es su resistencia casi insensata y casi impensable de que mediante un esfuerzo inaudito se obstine en seguir siendo sí-mismo y no se acomode al lugar asignado para la víctima.”*

La pregunta que sigue quedando es por qué de las más de cincuenta personas que participaron o supieron del “experimento”, nadie fue capaz de denunciarlo o hacerle frente, hasta la llegada de Christina Maslach, pregunta que se enlaza también con la cuestión de la obediencia a ciegas a la autoridad encontrada en el experimento de Milgram, en el que todos los participantes siguiendo órdenes llegaron a aplicar lo que parecían descargas eléctricas, cada vez más intensas, a un actor hasta que este dejaba de dar señales de vida y dos terceras partes continuaron aplicando voltaje hasta el nivel máximo. Podría responder que es el arrasamiento subjetivo constituido por la carencia o destrucción de representaciones la que impone a las personas la sujeción a los dictámenes de la cultura o el desborde pulsional. Entonces, la libertad o movilidad de pensamiento se resguardan sobre la base de una reserva de esperanza, una capacidad para soportar cierto nivel de angustia ante lo desconocido, una tolerancia a la frustración que permitirá constituir aquello desconcertante en un enigma a ser pensado y generar representaciones, así se evitará caer en las soluciones fáciles de las visiones totalitarias o adherirse fijamente a las distintas cosmovisiones o ideologías. Para finalizar debemos señalar la responsabilidad y los riesgos de una sociedad que promueve el éxito, el eficientismo, el logro sea cual fuere, el rendimiento y las calificaciones en el caso de los niños, la obediencia, en suma; en detrimento del desarrollo del pensamiento propio, del apuntalamiento de las potencialidades de cada uno, del reconocimiento y valoración de la diferencia, en definitiva, de los principios de la humanidad.

Referencias

- Arendt, H. (1990). Post Scríptum. En: Arendt, H. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*. Volumen XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (1979)
- Freud, S. (1933). 35° Conferencia. En torno a una cosmovisión. *Obras completas*. Volumen XXII. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (1979)
- Green, A. (1990). Introducción. En: Green, A. *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (2010). La muerte en vida. En: Green, A. *El pensamiento clínico*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Vallejo, C. (2018). Los heraldos negros. En Vallejo, C. *Poesía completa*. p. 83
- Viñar, M. (2017). Terror político y exilio - desexilio (sus marcas subjetivas). *Calibán: Revista Latinoamericana de Psicoanálisis. Volumen 15, N°2*.
- Winnicott, D. (1962). *El desarrollo del sentido de lo correcto y lo incorrecto en el niño*. Psicopsi/ BBC, 11 de junio 1962 [Charla radial]. http://www.psicopsi.com/el_desarrollo_del_sentido_de_lo_correcto_y_lo_incorrecto_en_el_nino_1962-asp/
- Zimbardo, P. (2009, noviembre, 8). *La pendiente resbaladiza de la maldad. Entrevista con Philip Zimbardo*. (E. Punset, Entrevistador). [Vídeo]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=ilzeRaO2TUw>, último acceso: 10/06/2018.